EL SENTIMIENTO NACIONALISTA DE SALVADOR REYES

Por
Oscar ESPINOZA Moraga

1. ¿Imaginismo o naturalismo en Salvador Reyes?

El tema del mar afloró en Salvador Reyes como un imperativo categórico de su recio sentimiento nacionalista. Tradición, ambiente, lecturas, no hicieron más que acentuar una voz interior que le hablaba del destino marítimo de Chile. Consciente, pues, de su responsabilidad histórica, Salvador Reyes no hizo otra cosa que señalar, en sus relatos, exóticos para algunos, las magníficas posibilidades de este inmenso Océano Pacífico.

A diferencia de aquellos que por un mal entendido nacionalismo, tozudamente se apegaron a la realidad campesina, deleitándose en la reproducción fotográfica del paisaje y hombre de nuestro campo, Salvador Reyes abandonó tierra firme y con recio golpe de timón endilgó rumbo hacia más amplios horizontes. Se le tildó de "imaginista". Mas si bien sus personajes y ambientes parecieron extraños al lector inadvertido, la urdimbre sicológica esencialmente humana aparece dramáticamente enraizada con la personalidad de su autor.

"La novela imaginativa —había de precisar en una célebre polémica con uno de sus contradictores— tiene una verdad de vida, de humanidad, que no reside en los detalles del ambiente, ni en el realismo de la acción, sino en el carácter de los personajes y en las observaciones personalísimas del autor". "Siendo la fantasía algo privativo del hombre, no veo cómo ella y lo que emana de ella, puede carecer de calidad humana" ("La Nación", 7-X-1928).

Y redondeando su pensamiento, agrega:

"Yo nunca he afirmado que la creación novelesca debe estar completamente despegada de la realidad. Lo que yo he dicho es que la imaginación debe guiar al artista y que es mala y aburrida toda novela en la cual no existe un soplo de poesía (no estilo lírico) que la levante sobre la vulgar copia de los hechos". "Yo mismo he escrito la mayoría de mis cuentos basándome en recuerdos personales". "A mí lo que me molesta es la tendencia a la fotografía, la incapacidad para inventar". "A la novela chilena le falta juventud, emoción, dinamismo. No se ha creado aquí todavía un personaje novelesco de vida propia".

En apoyo de esta posición, saltó Alone a la palestra:

"El reino literario —sostuvo el 15 de octubre del mismo año— reproduce al otro; pero no debe copiarlo servilmente, sino estilizado por medio de alusiones transparentes que tengan la consistencia de lo real, la fuerza de lo personal y el valor genérico de las ideas que interesan a todos". En una palabra, como sostenía Eca de Queiroz: "Sobre la vigorosa desnudez de la verdad, el diáfano manto de la fantasía".

No en vano Emilio Zolá (1841-1902), creador de la corriente naturalista, a la

cual creían ingenuamente pertenecer los detractores de Salvador, quemó más imaginación que el más caracterizado simbolista o imaginista. Y su discípulo predilecto, Joris Karl Huysmans (1848-1907), rompiendo los moldes de su maestro, usó y abusó de una imaginación avasalladora. Por lo demás, la reproducción fiel y exacta de la naturaleza con todos sus defectos y sin atenuaciones, exige estar dotado de una poderosa imaginación evocativa, similar a la que debe tener un historiador.

Discurriendo sobre esta base, nadie puede exhibir mejores títulos que Salvador Reyes para figurar entre los más auténticos representantes del naturalismo. Desde sus primeras producciones puede apreciarse esa atmósfera propia de la "épica del pesimismo y la desesperanza", como se dio en llamar a la corriente creada por el autor de "Germinal".

Más aún, tal vez influido por dicho ambiente o por disposición de su naturaleza hiperestésica, Salvador había de reconocer "cierta tendencia a la depresión". Su filosofía se reducía a "arreglarse para olvidar que la vida es inútil"; su mayor temor: "la muerte". Y la razón de la existencia: "Retardar lo más posible el tremendo momento de la muerte" ("Ercilla", 25-II-1959).

"La vida —sostenía— me parece demasiado absurda para que pueda tener prolongación diferente. Yo creo que el ser humano se atribuye a sí mismo demasiada trascendencia. En realidad no debe ser más que un fenómeno efímero como tantos otros...".

De ahí que a su juicio su propia labor literaria no era más que un medio para "llenar el vacío de la vida con el trabajo, con los viajes, con el conocimiento de las cosas de este mundo".

Se diría que sus personajes pensaron con Schopenhauer que "la vida del hombre oscila como un péndulo entre el dolor y el aburrimiento".

Ensayando una explicación del trágico destino de sus personajes, expresa:

"Eso puede venir de que tengo poca confianza en la continuidad de las cosas, y en el objeto de la vida. Desde pequeno viví de una manera inestable; mi familia viajaba continuamente; hoy se liquidaba una casa en Antofagasta; mañana, otra en Taltal, en Copiapó. Nuestra infancia fue de peligros y amenazas. A los cinco años yo salí huyendo de nuestra casa en llamas con mi madre y mi abuela entre las balas que los soldados disparaban contra los huelguistas. Y las epidemias de viruela, de bubónica, de tifus. Más tarde viví en Santiago, siempre de manera más o menos inestable. Después, París, la guerra, la ocupación... Cada día era una aventura..." ("Zig Zag", 22-V-1954).

Como puede apreciarse, Salvador Reyes fue más naturalista que sus propios detractores.

Su propio estilo, sobrio, su dominio del idioma, su menosprecio por las cosas del campo, nos recuerda al autor de "A rebours", con la sola diferencia de que Huysmans concentraba sus simpatías en el obrero parisiense y Salvador en el hombre de mar.

Por extraña paradoja, este escritor calificado despectivamente de imaginista, al igual que su otro modelo, J. A. Rimbaud (1851-1891), dejó una obra propiamente literaria más bien reducida. Sólo que a diferencia del autor de "Saison dans enfer", que limitó su producción por abulia intelectual, a Salvador Reyes lo absorbió la lucha por la vida: el periodismo y la diplomacia. Entre 1923 y 1939, período en que escribió en "Zig Zag" (1920 a 1927), "Letras" (1928 a 1931), "Los Tiempos", como Mr. Jazz (1927 a 1931) y "Hoy", como Simbad (1931 a 1939), sólo produjo: "Barco Ebrio" (1923), 26 poemas; "El Ultimo Pirata" (1925), 18 cuentos; "El matador de tiburones" (1926), un cuento; "El café del puerto" (1927), un cuento; "Los tripulantes de la noche" (1929), un cuento; "Las mareas del sur" (1930), 25 poemas; "Lo que el tiempo deja" (1932), 11 cuentos; "Piel nocturna" (1936), novela reeditada en 1955 con el título "Valparaíso, puerto de nostalgia"; "Ruta de sangre" (1937), novela. Entre 1939 y 1970, período en que sirvió en el Ministerio de Relaciones Exteriores y escribió para "La Unión" de Valparaíso (1955 a 1960), para "El Mercurio" de Santiago (1967 a 1970) y para "El Diario Ilustrado", como Gravoche y Pickwick (1968 a 1970), sólo publicó: "Norte y Sur" (1947), dos cuentos; "Mónica Sanders" (1951), novela; "Amistad

Francesa" (1954), "Rostros sin máscara" (1956), "El continente de los hombres solos" (1956), y "Saludos al pasar" (1959), recopilación de artículos; "Los amantes desunidos" (1959), novela; "Los defraudados" (1963), 20 cuentos, de los cuales 9 habían aparecido en "Lo que el tiempo deja"; "El incendio en el astillero" (1964), 3 novelas cortas; "Andanzas por el Desierto de Atacama" (1964) y "Peregrinajes literarios en Francia" (1968), en los cuales recoge sus crónicas publicadas en la prensa. Cierra su producción con el bosquejo histórico "Fuego en la frontera" (1968). En estos cincuenta años de actividad literaria, Salvador Reyes publicó 51 poemas, 48 cuentos y 4 novelas. A lo anterior hay que agregar los 7 libros que recogieron sus recuerdos literarios y las impresiones de viajes.

2. Salvador Reyes redescubre el destino marítimo de Chile.

Hemos dicho que la tradición, ambiente y lecturas no hicieron sino acentuar la certera visión del destino marítimo de Chile que Salvador Reyes poseía desde que tuvo conciencia del mundo que lo rodeaba.

"No elegí los temas del mar —explica a "El Mercurio" el 17 de marzo de 1968—; ellos me eligieron o yo fui a ellos por impulso natural, por la fuerza de las cosas. Mi familia me llevó a Antofagasta a los dos o tres años de edad. Desde entonces viví en la costa, en ese puerto y en Taltal. Cuando niño tuve por escenario de mis juegos las playas y los roqueríos. Cuando adolescente, los bongos pesqueros, las chalupas fleteras fueron mis elementos de diversión y de deportes (entonces no contábamos con yates). Desde muy pequeño fui "habitué" de los vapores de la carrera y de los transatlánticos que entonces tocaban Taltal. Viajaba continuamente con mi familia, a Caldera y a veces a Valparaíso".

"El mar —había de confesar más tarde— me entusiasma; es mi más viejo y fiel amor. El mar está lleno de buques maravillosos, de puertos fascinantes" ("Zig Zag", 22-V-1954).

Pero si no fue determinante, el medio familiar evidentemente apuró el violento despertar de esta extraña atracción de Salvador por el mar. En su mente de niño hiperestésico debieron producir honda impresión los relatos de la actuación de su abuelo, Cónsul de Chile en Antofagasta durante los preliminares de la Guerra del Pacífico. Corría el año 1879. Unido secretamente al Perú por un pacto de alianza, y creyendo contar con el apoyo de Argentina, el Presidente de Bolivia don Hilarión Daza se había embarcado en una resuelta campaña chilenófoba. Pasando por encima del Tratado de Límites de 1874, por el cual Chile le había cedido el litoral de Antofagasta, bajo la condición resolutoria tácita de no imponer nuevos tributos al capital y personas chilenas del litoral cedido, por espacio de veinticinco años, el 14 de febrero de 1878 el Gobierno del Altiplano aprobó un impuesto de diez centavos por tonelada de salitre embarcado por la Compañía chilena de Antofagasta. Con rara clarividencia, el Cónsul Salvador Reyes caló el fondo del pensamiento del Palacio Quemado y lo comunicó a su superior, el Ministro en La Paz, Pedro Nolasco Videla. Como no fuera oído, dirigió una nota a Santiago. Esta vez tuvo mejor suerte. El Canciller Alejandro Fierro hizo suya la preocupación del sagaz representante consular y ordenó al ingenuo plenipotenciario en el Altiplano formulara la correspondiente reclamación. Empeñado en arrastrar a Chile al conflicto, Daza precipitó los acontecimientos ordenando el remate de las salitreras chilenas y la prisión de su gerente. Muy a su pesar, La Moneda resolvió reivindicar el litoral cedido bajo la condición ya señalada. El 14 de febrero de 1879 el blindado "Cochrane" tomaba posesión de Antofagasta. Y una nueva coincidencia familiar. El acta respectiva fue leída en la plaza de la ciudad por el hijo del Cónsul, Arturo Reyes, padre de nuestro escritor.

Aunque nacido en Copiapó el 16 de agosto de 1899, Salvador se trasladó a muy temprana edad al puerto de Taltal, arteria vital de la actividad minera del Norte Grande.

A la tradición familiar vino ahora a sumarse el hechizo del paisaje marino, las faenas portuarias y la vida agitada de los hombres de mar y la no menos turbulenta del pueblo que los cobijaba transitoriamente.

"Pasé mi primera juventud —recuerda en "El Ultimo Pirata"— entre marinos, entre mineros y cateadores del desierto, entre gentes que andaban errantes por el mundo sin saber el motivo. Tal vez de ahí nace mi entusiasmo por las cosas que no se prolongan excesivamente, por lo que es aventura y libertad".

Intimamente ligado a este ambiente exótico para el centro del país, Salvador pudo exclamar con justa razón en "Barco Ebrio", su primer libro: "Dentro de mí hay un viejo lobo de mar, el buen piloto de un bergantín negrero". "Durante muchos años he vagado por todos los puertos del mundo con una humosa pipa entre los dientes".

"La mayor parte de los críticos chilenos —declara a "Zig Zag" el 22 de mayo de 1954— creen que eso del mar, de las ballenas o de la vida de los puertos es pura fantasía; creen que no hay más mundo que Santiago, el campo, la cordillera... En realidad, yo he inventado poco, y lo que he inventado ha tenido un origen real como "El matador de tiburones", "La Isla Desolación", "Copiapó", y otras novelas largas y cortas". "Todos esos personajes han existido. No tal vez como yo los pinto, pero con un fondo sicológico y un físico semejantes".

"El filibustero entró —había de confidenciar a "Zig Zag" el 29 de noviembre de 1952—, por derecho propio, a formar parte del decorado de mi infancia; fue la consecuencia lógica del amor por el mar, que me dominó desde el momento mismo en que tuve conciencia del mundo que me rodeaba. Debo decir que este amor no me ha traicionado nunca. Hoy, como cuando era niño, las formas de las olas y de los barcos, la visión del agua encerrada en el círculo del horizonte, el olor de la marea; en fin, todo lo que es mar y marinería, me dan la certitud de vivir. Lejos de eso, no hago más que vegetar. El filibustero o Hermano de la Costa ha sido, pues, un verdadero hermano a través de toda mi vida. Fuera de estos grandes sueños y de estos locos amores, lo demás no tiene importancia. Bastaría con lo dicho para comprender por qué escribí "Ruta de Sangre"; porque debía escribirla. No es una ficción ni una novela histórica. Es una realidad: la mía".

Por ello, no compartimos el aserto de Juan Marín cuando sostiene que "el mar es en la creación artística de Salvador Reyes, el trampolín por donde salta hacia lo fantástico" ("El Mercurio", 8-II-1931).

3. ¿Influencias o coincidencias en Salvador Reyes? El sentido nacionalista de su obra.

Al ambiente familiar y al medio geográfico, se había de sumar un nuevo factor coadyuvante en el despertar de la vocación por las cosas del mar en Salvador Reyes. En la siempre bien seleccionada biblioteca de sus mayores, Salvador tomó contacto no sólo con los clásicos "marinistas", si se nos permite la expresión, Stevenson, Salgari, London, Defoe, Conrad, sino con los autores que comenzaban a imponer su señorío, Loti, Myriam Harry, Farrére, Miomandre, Mac-Orlan, Cendrars, Baroja, y entre los nacionales, el maestro, D'Halmar. Que si influyeron o no en la obra de Salvador, es punto que carece de importancia. No creemos en las obras originales, liberadas en absoluto de influencias extrañas. Todos, consciente e inconscientemente, imitamos, aunque sea en leve dosis, a los que nos han precedido. Lo interesante es trazar una ruta, salirse del círculo hermético de la vulgaridad y la rutina. Y nadie puede discutir que Salvador, con su primera obra, "Barco Ebrio", escrita a los veinticuatro años, fijó nuevos rumbos no sólo a la literatura chilena, sino a la hispanoamericana. Más aún: abrió los ojos de sus conciudadanos entelados por el mito de la mediterraneidad agrícola, mostrándoles un inmenso horizonte de posibilidades, el mar, destino intuido por la visión genial de Lord Cochrane y Portales.

Como acertadamente advirtiera Silva Castro: "Salvador Reyes ha hecho una obra maciza y digna del mayor elogio. No nos paremos demasiado menudamente a investigar cuáles han sido los ejemplos en que ha bebido Reyes al escribirla". "Lo que importa es que nuestra literatura cuenta con un nuevo novelador de aliento, que puede ofrecernos seguramente el deleite de muchas obras grandes".

Tras Salvador, aparecieron una pléyade de seguidores que, sin la leal constan-

cia del autor de "El Ultimo Pirata", sintieron ese impulso vital de cantar el mar: Pierre Chili, Manuel Rojas, el propio Mariano Latorre, ¡oh ironía!, Juan Marín, Benjamín Subercaseaux, Rubén Azócar, Coloane, que también ha persistido hasta nuestros días en el tema, Jacobo Danke y los "dii minores".

Oreste Plath no hizo sino que rendir un justo homenaje cuando dijo: "Salvador Reyes hace a todos los poetas chilenos sentir el mar. Toda la poesía joven chilena acusa un amor, cariño especial al mar que se confunde o se diluye hoy en lo social".

Luis Enrique Délano había de remachar: "Sólo un hombre con un sentido muy profundo del océano era capaz de escribir "Barco Ebrio". Los personajes son hombres de carne y hueso, absolutamente humanos a pesar de todo lo que puedan decir nuestros flamantes realistas".

Su segunda obra, "El Ultimo Pirata", colección de 18 cuentos, publicada en 1925, con sugerentes ilustraciones de Luis Meléndez que recordaban las de los libros de Salgari tan en boga por aquellos años, no hizo sino confirmar el talento de su autor: "Entre los autores nacionales de hoy —sostuvo sin reticencias Alone— no encontramos a ninguno mejor dotado que Salvador Reyes".

A su turno, Hernán del Solar completó: "No importa que sus héroes vengan a las ciudades, se internen en las montañas, crucen una soledad huérfana de barcos. Siempre se oye al fondo de sus vidas el solemne llamado del mar".

Y el argentino C. Muzzio Sáenz-Peña: "Salvador Reyes pertenece por su temperamento a ese reducido y selecto grupo de poetas que desde Chile está derramando sobre toda la poesía sudamericana un nuevo perfume, deshojando una nueva rosa y pintando nuevas imágenes con flamantes colores de un matiz y de una transparencia jamás conocidos".

Pero quien caló más hondo el pensamiento o subconsciente de nuestro escritor fue, por extraña ironía del destino, un peruano, César Miró:

"Salvador Reyes —dijo desde las columnas de "El Comercio" de Lima, el 28 de mayo de 1935— es un poeta del mar y lo es en la medida en que hubiera querido ser un hombre de mar. Todo en él acusa una fervorosa filiación, una decidida vocación por esa entrañable y fantástica vida en que se juega la vida, en que se da, se pierde y se conquista la vida. Puedo asegurar que no termina en su literatura, que no se limita a su obra el tema inagotable del mar. Más allá de su lírica devoción por el mar sigue siendo un hombre de mar".

Y ensayando una explicación agrega: "Como no es un secreto para nadie lo que ante la vista tenemos inequívocamente definido, digamos, para no ser más extensos, que Chile, país de mar, franja de tierra limitada entre montañas y mar, debe producir necesariamente una literatura de mar. La literatura chilena, su típica expresión, no la informan, como a primera vista pudiera creerse, la vida del campo ni del huaso y su menguada anécdota ni el episodio remoto del contrabandista y su callejón cordillerano. La literatura chilena tiene su origen y su inspiración en el mar. De él ha tomado su alto acento romántico, su nostalgia, su pureza, su luminosidad". "Es indudable que la costa logra imponer su sello predominante aún sin llegar a ser exclusivo, cosa que por otra parte sería insensato pretender".

4. La actividad periodística de Salvador Reyes: el mar, su leit motiv.

Más que un medio de subsistencia, más que un placer meramente estético, el periodismo fue para Salvador Reyes la razón de su existencia: el medio más directo para golpear la conciencia nacional destacando las graves lacras que impedían que Chile recuperara su grandeza de otrora y el sitial que le corresponde por su magnífica posición geopolítica en el centro del mundo moderno, la cuenca del Pacífico.

Consciente de que nuestros barcos habían paseado el pabellón tricolor por todas las latitudes, surcando airosos los mares de la Polinesia, Japón, Rusia, China, India, Europa y América, no podía aceptar el conformismo negativista del chileno, que observaba indiferente cómo su Marina estaba quedando reducida a una verdadera caricatura de lo que fuera en el siglo XIX.

Desde la combativa revista "Hoy", revelaba el fondo de su pensamiento el 15 de abril de 1936:

"Nuestros barcos deben ser pequeños y ágiles, meterse por todos los rincones del Pacífico; viajar con la mayor economía y celeridad. Así lograrán reconquistar para nuestra bandera la supremacía que antaño tuvo en toda la costa hasta Panamá. Yo no sé si esos tiempos volverán. Tal vez Chile es un país deprimido. Antes, cuando el espíritu de empresa primaba sobre la pasión política, se hacían cosas así. Ahora no. La actividad chilena está concentrada en Santiago, en torno a las intrigas y a la miseria de la política. Otras banderas han desplazado a la nuestra en la carrera de la costa. Y debiéramos ser una nación marítima".

Y poniendo el dedo en la llaga, afirmaba el 4 de marzo de 1937: "Nuestros políticos se ingenian para hacer cambullones y llegar a "arreglos" que sólo favorecen a unos cuantos; mientras se encanalla la vida con odios y con componendas vergonzosas, vamos perdiendo nuestras características, nuestro nacionalismo". Y luego de referirse a la sutil penetración ideológica a través del cinematógrafo y de los conjuntos artísticos argentinos que por entonces comenzaban a invadir a Chile, concluye: "Llegará el día en que hablemos como los argentinos y nos vistamos con un reflejo del arte que florece en Buenos Aires poderosamente".

Pero no era Salvador hombre que se limitara a formular críticas. Profundo y documentado conocedor de los problemas del mar, se preocupa también de la formación del hombre de mar: "La vida de un barco es casi como la vida de una persona. Ninguna de las obras del hombre se acerca tanto al ser humano, es decir, a la obra de Dios, como un barco, no una de estas motonaves de hoy, mecánicos y sin alma, sino un velero antiguo, movido únicamente por las fuerzas naturales, entregado a los elementos sin otra defensa que la solidez de sus materiales, la perfección de su arboladura y el arte de sus tripulantes. Porque antiguamente la navegación era un arte más que una ciencia. Si el navegante de otro tiempo tenía que ser buen calculista, tenía también que ser hombre compenetrado de la Naturaleza, intuitivo, sensible y misterioso, como un verdadero artista. Conducir un velero era cuestión de cerebro, pero también de piel. El marino moderno vive como es natural atento al agua y al viento, pero ya no es la fusión de antaño y ya no se llega al afinamiento de los sentidos para percibir los signos más secretos del cielo y del mar" ("La Unión", 6-XI-1955).

Parafraseando al comandante Marfán ("Viaje al Japón de la fragata "Lautaro"), Salvador, finaliza: "No abandonéis la vela". "El que realizó las duras experiencias de esa navegación, sabrá el valor que ella tiene para formar al verdadero marino".

Su campaña movió a la Sociedad de Capitanes y Oficiales de la Marina Mercante de Chile a nombrarlo su socio honorario. En un país donde no campea precisamente la gratitud, éste constituye tal vez el mejor galardón que obtuviera el autor de "Barco Ebrio".

Con su incorporación a la Diplomacia (1939) comenzó para Salvador un largo peregrinar que sólo iba a concluir con su desaparecimiento. Pero no vaya a pensarse que su ausencia del país natal debilitó, como sucediera con tantos otros, su apego por las cosas del terruño. Por el contrario, esta misma lejanía pareciera que acentuó más aún, si fuera posible, su ya recio sentimiento nacionalista .

De esta época agitada ("la diplomacia no es siempre un "five o'clock tea", solía repetir Emilio Rodríguez Mendoza) datan sus obras más recias: "Mónica Sanders" (1951), verdadero canto al destino marítimo de Chile, donde muestra por vez primera las inmensas posibilidades del continente antártico. Y a la vez constituye un caso poco común en la literatura: el triunfo del mar sobre el amor...

Identificado con el protagonista, aprovechando uno de sus fugaces pasos por Chile, a fines de 1954 Salvador se enrola en la sexta expedición de relevo a nuestras posesiones antárticas.

Pero, a diferencia de tantos otros visitantes, no bien estuvo de regreso, inició una embestida periodística tendiente a destacar la importancia de la región. Con tal fin promovió la creación del "Círculo Antártico", organismo destinado a "formar en el país una conciencia antár-

tica". "El prodigioso avance de la técnica —sostuvo visionariamente a "El Mercurio" el 28 de septiembre de 1955— nos revelará, mucho antes de lo que nos imaginamos, riquezas minerales y de otro orden, que hoy nos parecen quiméricas".

Para afianzar esta misión recopiló sus artículos en un libro de extraordinaria calidad humana, "El continente de los hombres solos".

5. El reconocimiento público. Su último pensamiento: el mar...

A diferencia de lo que acontece en América Hispana, en Europa se reconoce sin reservas el auténtico talento. Desde sus diferentes destinos diplomáticos, Salvador probó en un medio donde no escasean los talentos, que él no estaba por debajo de los mejores. No sorprende, pues, que, después de una larga estada en París y en vísperas de emprender viaje a Londres (1956), lo más selecto de la intelectualidad francesa, Farrére, D'Auberade, Miomandre, Pillement, Coiplet, solicitara para su "viejo amigo" la Legión de Honor. Resulta inoficioso agregar que fue concedida sin dilación.

Por extraña ironía, tres años más tarde, la Academia Chilena lo acogía entre sus miembros y en 1968 le otorgaban el Premio Nacional de Literatura . . .

Lejos de envanecerlo, estos reconocimientos no alteraron su natural reserva y sencillez. Lejos de eso, hasta le molestaba que se le recordaran estos homenajes o se elogiara su obra, tal vez por un exceso de pudor muy explicable en una personalidad hiperestésica.

Libre de las trabas que lo ataban al Servicio Exterior, en vez de saborear con deleite su "descanso" de jubilado obligado, Salvador se embarcó en una activa campaña nacionalista.

Fruto de estas inquietudes fue su última obra, "Fuego en la Frontera", aparecida en 1968, verdadero grito de rebelión de un chileno auténtico, atormentado por el trágico sino de su patria reducida a nación pigmea, según la feliz expresión del Canciller Adolfo Ibáñez, por la falta de visión y cobardía moral de sus gobernantes. Mientras el resto de sus colegas vibraban con los problemas del Vietnam o del Caribe, menospreciando las afrentas inferidas a la soberanía chilena, siguiendo las aguas de Víctor Domingo Silva y E. Rodríguez Mendoza, Salvador saltaba a la palestra en un vano intento de rectificar rumbos. Su actitud resuelta constituye un oasis en el inmenso desierto del indiferentismo entreguista de la intelectualidad chilena. "Quienes conocen desde hace años a Salvador Reyes —había de expresar Hernán del Solar— sabemos cabalmente que su amor a nuestra tierra es profundo". "Nada de extraño, por consiguiente, que —sin ser historiador, como manifiesta— ponga sobre nuestra historia no una mirada profesional, ordenadora de hechos, sino una mirada de hombre que ve a su patria acorralada por acontecimientos destructores".

Nimbado ya por el signo inescrutable de su cruel destino, violentando las escasas energías que le restaban, se levanta de su lecho de enfermo para ir a pasar la que fue su última noche vieja en su querido "Bote Salvavidas", que inmortalizara con sublimes trazos en "Mónica Sanders". Mientras todo a su alrededor era bullicio y alegría, su vista nublada por profunda tristeza se desliza por la inmensidad del océano, su más grande y noble amor, pensando acaso en tantos proyectos que quedaban sin realizar...

Y no queriendo caer sin antes librar su última batalla, con recios rasgos nos deja su último mensaje:

"Como en otros años —escribía en "El Mercurio" el 24 de diciembre de 1969— he andado por ahí buscando tarjetas de Pascua que representen los aspectos marítimos de nuestro país de tan largo litoral. He encontrado airosas estampas de huasos, bellos paisajes cordilleranos, mantas y espuelas, pero por ninguna parte la imagen de nuestro apuesto marinero, de nuestro valiente pescador ni las escenas típicas de nuestros puertos. Se diría que Chile es un país sin mar, o mejor, que el mar no inspira a nuestros fabricantes de tarjetas de Pascua". "Aquí el mar está ausente, como en tantas otras manifestaciones de nuestra vida". "Todo ese mundo vive, se afana, va y viene en un continuo trajín chilenísimo, representativo de uno de los aspectos más vitales de un país que, después de todo, no es más que un largo bal-

cón sobre el océano". "¿Hasta cuándo el mar será nuestro gran ausente? ¿Hasta cuándo nos empeñaremos en cerrar los ojos a ese mundo del Pacífico que tantas posibilidades nos ofrece? Al encerrarnos en nuestra "larga y angosta faja de tierra", según enseñan malas geografías, debimos inmediatamente comprender que nada podía esperarnos sino el ahogo, persistiendo en semejante situación. Ahí está el mar para darnos oxígeno y mostrarnos nuestro verdadero destino". "Queda por hacer lo principal: convencer al chileno de que es hijo de un país marítimo".

Dos meses más tarde, con sereno estoicismo cruzaba el umbral de la eternidad sin lograr cumplir su más caro anhelo:

"Yo quisiera morir en un sitio como Paposo, por ejemplo —había dicho años antes —, en un pueblo como ése, apenas atravesado por un débil latido de vida, que alza sus ruinas en medio de una inmensa costa solitaria, que tiene un cementerio abandonado, a varios kilómetros del caserío, con cruces rotas y los muros deshechos; un cementerio que debe ser el más triste del mundo...".

★